

# Locomociones<sup>1</sup>

Ottmar Ette (Potsdam)

El hecho de que en Cuba, mucho antes que en la madre patria España, existieran ya locomociones en forma de primeros ferrocarriles, que transportaban azúcar y otros productos agrícolas del interior de la isla a las costas para su ulterior transporte por barco al extranjero, no ha sido lo que ha llevado a Raúl de Zárate a titular su exposición *Locomoción*. Y, sin embargo, así como las máquinas de vapor de las plantaciones de caña de azúcar eran al mismo tiempo símbolo de modernización y pillaje, de progreso y represión, esas primeras locomotoras introducen un movimiento que atraviesa hasta hoy la historia cubana; un movimiento hacia la costa, hacia el mar, hacia otras orillas que, como obsesión de promesa y de cumplimiento, de tentación y de fracaso, precipita en un campo magnético de vectores, de locomociones, a la isla de Cuba, que –flemática y dominante al mismo tiempo– está ubicada a la entrada del golfo de México.

De ahí que esta inauguración no sea casualmente el resultado de una locomoción tal, de un movimiento en el espacio y el tiempo que requiera el abandono de la isla, que –hechicero fetiche– permanece en el recuerdo del que huye. Pues aquella estridente metáfora –para Zárate tan familiar– del autor cubano Reinaldo Arenas, a quien unos años antes de morir se le ocurrió la idea de dotar a la isla de un motor fueraborda, simplemente para poder llevársela, es sugerente en la intensidad de sus imágenes y remite, además, a un hecho que impresiona a todo aquel que se aproxima a la cultura cubana: todos los cubanos –y ésta es la segunda obsesión que Raúl de Zárate comparte con muchos de sus compatriotas y, ante todo, con los artistas que viven alejados de su patria tropical– se llevan la isla en el equipaje en ese viaje que no pocas veces acaba convirtiéndose en un trayecto circular en torno a la propia isla, a la propia identidad. El arte cubano fuera de Cuba es un lugar en movimiento al que sólo parece calmar el desasosiego. Para tales locomociones se necesita extensión, espacio.

Pero, ¿qué es realmente una locomoción? El término comprende el lugar y el movimiento, dos elementos básicos combinables desde múltiples perspectivas:

---

<sup>1</sup> Texto con motivo del acto inaugural de la exposición «Locomoción», de Raúl de Zárate, en la «Galerie im ACUD» de Berlín, el 9 de mayo de 1998, y de la exposición «Artistas cubanos en Berlín», en la Universidad Humboldt de Berlín, el 25 de marzo de 1999. La traducción del texto se debe a Irene Gastón Sierra.

Janett Reinstädler/Ottmar Ette (eds.):

*Todas las islas la isla. Nuevas y novísimas tendencias en la literatura y cultura de Cuba.*  
Frankfurt a.M. – Madrid: Vervuert – Iberoamericana 2000, pp. 113-116.

como movimiento de un lugar, en el ejemplo de la isla puesta en movimiento; como lugar de un movimiento, en sentido concreto o figurado; o, también, como ocurre en Biología, como un desplazamiento de organismos que se mueven libremente por impulso propio. Esta locomoción, que se produce conscientemente por el propio esfuerzo y que, por tanto, se contrapone al tropismo, que por definición es el «movimiento sinuoso de seres vivos estacionarios, sin libertad de movimiento», es de importancia fundamental para todos aquellos que se esfuerzan por comprender el arte y la cultura en y de Cuba en general, y de la pintura de Raúl de Zárate en especial, pues ni en las mayores extensiones de sus cuadros se encuentra espacio para sinuosidades, sea cual sea su naturaleza. Y sus instalaciones son islas en movimiento.

En un diccionario de tópicos, de los que tanto gustaba Flaubert, podríamos leer que el arte cubano es siempre arte político. En una de las últimas novelas de Zoé Valdés se afirma en este sentido –y no sin razón– que en Cuba incluso el ritual matutino de desenroscar el tubo de dentífrico es ya un acto político. Pero también éste es, en definitiva, un lugar común que hay que poner en movimiento. El motivo del movimiento –podríamos decir también el «loco-motivo»– en el arte de Raúl de Zárate es el movimiento autónomo. Abarca la dimensión autodidacta de su trabajo así como la confianza en el propio movimiento en un mundo extraño, incluso hostil en ocasiones, para el que los vectores de una fantasía indómita se han convertido en una amenaza para la propia estática; es más: para la propia inmovilidad. En una sociedad agarrotada no hay lugar para un arte de estas características. Sólo en este sentido se puede hablar de arte político en Zárate.

Locomoción hay ya al comienzo del movimiento de Raúl de Zárate en aquel lejano Cienfuegos fundado tiempo atrás por emigrantes europeos en la costa meridional de Cuba y, por tanto, él mismo es resultado de un movimiento de búsqueda que, desde hace más de quinientos años y partiendo siempre de Europa, se apodera de América y encuentra en ella una superficie ideal en la que reflejarse. Allí –donde no sólo hay una bahía que parece responder a todas las imágenes este-reotipadas europeas de la playa tropical sino también un reactor nuclear del tipo Tschernobyl, que, felizmente, nunca ha sido puesto en funcionamiento– se juntó diez años atrás un grupo de artistas adolescentes y jóvenes que se opuso decididamente a cualquier clase de tropismo en favor de aquel *extropismo* bajo cuyo signo emprendió el viaje el grupo, viaje que llevaría a la mayoría de ellos fuera de la isla, al extranjero. Esta exposición de Raúl de Zárate, que empezó a estudiar Física Nuclear y Economía en 1988, que fue expulsado en 1992 de la universidad por su activismo político y que en 1993 dirigió sus pasos a Alemania, quiere ser un homenaje consciente a este *extropismo*, que no hay que confundir

ni con una salida del trópico ni con los –entre nosotros más conocidos– *Tropismes* de Nathalie Sarraute. Ello explica también el título de algunos de sus cuadros e instalaciones.

La palabra locomoción evoca sin duda esa dimensión corporal, erótica, que suena en las voces de las *Temptations* (nomen est omen) en la pegadiza melodía (*Do the locomotion*) de comienzos de los sesenta –el futuro pintor todavía no había nacido– que, me parece, está contenida en todos los bocetos del pintor cubano y, en cierto modo, representa su tercera obsesión. Es una dimensión que tiene su origen en la energía de la realidad vivida y también en una confrontación muy íntima y al mismo tiempo ecléctica (esta palabra no suele ser –al contrario que entre nosotros– un insulto en Latinoamérica) con la literatura, especialmente con la literatura cubana. No en vano nos enfrentamos –y es inevitable aquí mencionar de paso a Henry Miller– a un arte de *Tropic of Capricorn*. Mucho en la obra de este joven cubano –que no en vano ha crecido en Cienfuegos en el seno de un grupo de futuros escritores– es fruto de un diálogo con la literatura, con la palabra escrita. Es el enfrentamiento con una literatura que intenta romper –bajo el signo de la vanguardia histórica– con tradiciones y tabúes, y, al hacerlo, crea asimismo tradiciones e incluso quizá nuevos tabúes sin ser siempre consciente de ello. El movimiento que ponen en juego las instalaciones y los cuadros de Raúl de Zárate aprovecha ese diálogo, esa conversación con la literatura, para no dejar reposar al lenguaje mismo de la pintura y a su espectador: *Do the locomotion with me*.

Sin embargo, la locomoción de las obras de Raúl de Zárate aquí expuestas es, sin duda, mucho más que un juego de palabras, al que sin embargo no se renuncia. Es *loco-motion*, como en *motion-pictures* o imágenes animadas, por consiguiente, un lenguaje gráfico y metafórico puesto en movimiento. Nos permiten ver y experimentar, en forma de secuencias casi cinematográficas, la vivencia de determinadas realidades que no se quieren contentar con la única y exclusiva realidad del discurso oficial. Es *Luz-locomoción*, un movimiento de la luz que representa una especie de escritura luminosa, una *foto-grafia* en el cuarto oscuro del alma, revelada por medio de una pintura de intenso cromatismo. Es locomoción como emoción y conmoción, expresión de un movimiento interno, de una excitación que busca el *con-partir* (Mit-Teilen) sin degenerar en una simple expansión. Por supuesto que también es una *loco-moción* en cuyo movimiento estalla y, al mismo tiempo, encuentra su forma precaria, temporal, la *loc-ura*, lo irracional; un desplazamiento que intenta conjurar la alienación en la imagen sin lograrlo, no obstante, en un solo cuadro. El resultado son secuencias de aquellas obsesiones que constituyen los motivos de movimiento del lenguaje de signos de Raúl de Zárate, un lenguaje de signos que se inventa a sí mismo a diario con

ayuda de constantes secuencias de bocetos extraídos de determinados núcleos icónicos, de motivos de movimiento. El que se embarca en el mundo de imágenes de Raúl de Zárate experimenta que una locomoción de estas características intenta trascender al espectador, que busca *con-moverlo* (que no alejarlo) para que así se entregue a la emoción de la locura. En el centro de este mundo no está la llegada sino la partida. Y aún más: el estallido.